

APILA ALONGINA



IN EXCELSIS

O creo que el elevador, esta caja de fierro ó madera, elegantísima á veces, que sube y baja sin cesar por medio de un sencillísimo mecanismo, se inventó solo; surgió un día del anhelo de encaramarse por la atmósfera, que sintieron Nueva York, Filadelfia, Boston, Chicago; de la necesidad de establecer pirámides humanas en estrechísimo recinto, caro como una acción de mina en bonanza, de hacer inmensos alojamientos verticales, por la imposibilidad de hacerlos horizontales, de todo esto; porque hay que pensar que sin el elevador, todo esto habría sido imposible, y como era indispensable, el elevador nació. Y como el agua del río sube por medio de una bomba de vapor á los más altos niveles, así aquel río de gente que, en wagoes y carruajes y á pie, corre durante el día por las calles de la gran ciudad, se distribuyé en infinitos canales vivos, que ascienden y descienden incesantemente dentro de aquellos edificios donde hierve el esfuerzo humano, á lo largo de cables de acero que por la ligera, pero perenne conmoción que producen, parecen hechos con nuestros nervios. Así es este pueblo; derrocha tal can-

tividad de fuerza nerviosa, que si se pudiera transmutar en eléctrica, bastaría para alimentar un fanal que alumbrase un cuarto del planeta.

Estas reflexiones hacía para mis adentros visitando á algunos amigos en sus nichos del tercero, del quinto, del octavo piso de esas enormes casas de oficinas, *building*, de la ciudad-baja. Uno de los mozos que conducen los ascensores de la casa en que está nuestro consulado, sabe algunas palabras en *mexicano*, como él dice; su vocabulario se compone de diez ó doce interjecciones solamente, pero muy expresivas; son desvergüenzas en español muy castizo.

A las once de cierto día subimos una escalinata de fierro, tomamos nuestros billetes, y á Brooklyn. . . . Lo que más admiré en Nueva York fué primero Nueva York; no me habría cansado de verla un año entero, siempre le encontraba algo nuevo, y si no algo bello, sí siempre interesante; me gustaba más aquella Nueva York de bulto, que París ó Londres. . . . en estereoscopio, que es como he visto ¡ay! á Londres y París. . . . Pero Nueva York tiene sus detalles que son maravillas; duodécima maravilla del mundo (la 13ª es la Torre Eiffel) ¡el puente de Brooklyn! Por supuesto que la tal maravilla tan cacareada y tan elogiada. . . . lo es en realidad. No es un *humbug*, no es un *borrego* este puente. *Allez y voir*, como dicen los galos. Anduvimos como medio kilómetro sobre aéreo tablero de fierro por encima de la ciudad, antes de llegar á la margen del *East-River*, que la separa de Brooklyn; en cada orilla se levantan sendas pilas soberbias, macizas hasta la altura en que el tablero colosal del puente se lanza sobre el río, y clareadas en su estructura superior por un doble arco ojivo. Y es indecible la elegancia de esta cosa enorme (que me perdone el lector los epitetazos, no hay otros en mi *carnet* de viaje). ¡Hay tal gracia de encaje metálico en la onda espléndida que traza esta hamaca de cuatro cables de acero kilométricos, que, partiendo de otras curvas amplísimas sobre la tierra firme, atraviesan las cornisas superiores de las pilas y sostienen el puente á cuarenta metros de

altura sobre el agua! La mesa tramada de metal tiene cuatrocientos cincuenta metros de largo, cuyos bordes están unidos á los cables por varillas de acero que se cruzan con las que parten en abanico de las cornisas al puente, formando una red que da fuerza, aumentando la gracilidad aérea de la construcción.

Veinte mil personas por hora atraviesan este frágil paso sobre el abismo, unas en las líneas férreas, otras en carruajes y sobre una amplia calzada las pedestres, viendo bajo ellas las puntas de los masteleros de los barcos que pasan y pasan, sin lograr tocar con sus penachos de humo el levísimo techo de fierro colgado en su cielo.

Por las ventanas de nuestro wagon vimos iluminarse y desvanecerse, como ilusión de óptica, la bahía, bordada acá y allá de una movable mies de mástiles y surcada por buques, enormes de cerca, pero que parecían juguetes de niños en las lontananzas de aquella límpida plancha de cristal azulosa que se angostaba y canalizaba lentamente para pasar debajo de nosotros.

Llegamos á Brooklyn, «una ciudad hermosa,» que pegada á Nueva York no es más que un suburbio enfático de la *Empire-City*. Por aquí corren y corren los coches eléctricos, que en Nueva York no ha permitido el Ayuntamiento; pero nosotros tomamos una especie de wagonete que nos condujo al cementerio, á *Greenwood*. Es un parque inmenso; las amplias calles suben y bajan en comodísimas rampas en torno de camellones vestidos de una moqueta espesa y sedosa de grama inglesa de un verde ideal. Los árboles, que parecían haber detenido gotas de sol en sus frondas de oro otoñal, sombreaban aquellos montículos que convidaban no á dormir, ni siquiera á dormir el último sueño, sino á sentarse sobre ellos con una cesta repleta de provisiones al lado. ¡Diantre! Así es la vida:

en verso todo empieza y todo acaba en prosa.

Aquello era melancólico, monótono, delicioso como el *Cementerio de Aldea* de Gray:

Bajo de aquellos álamos nudosos,
del tejo melancólico á la sombra
donde se alza en mogotes numerosos
el cesped verde en desigual alfombra

(Trad. de Hevia.)

y sin embargo ¡ay de mí! no me quitaba el hambre. Ni había por qué; el cefrillo era glacial, el paseo largo; la muerte es larga, es muy larga; un poeta latino de la decadencia, es decir, de la edad en que las razas sanas empiezan á volverse histéricas, Balbino Dávalos, lo debe de haber dicho: *mors longa, vita brevis*. No, ni había por qué perder el apetito ahí; ahí la naturaleza es solemne, pero la muerte es industrial. Torrecillas góticas, sepulcros ingeniosos, ostentosos algunos, sin gusto todos; aquí está el sepulcro del inventor H., del filántropo R., del General M., del fabricante de pianos Steinway, del inventor de la *soda-water*. Pues bien, ¡cómo perder el apetito, á fuerza de tristeza, delante de la tumba singular del inventor del agua gaseosa! Deje, pues, aquel magnífico jardín, suspirando por un buen roast-beef y una taza de leche. Logramos satisfacer nuestro irreverente deseo y volvimos á pie por el puente. Dejábamos la muerte atrás, esta es la vida; los hombres desaparecen, pero el hombre no, el hombre es eterno—eterno en términos hábiles, como dicen los abogados; una eternidad de un par de millones de años, una eternidad de bolsillo; pero á esa eternidad acomoda sus obras. Esta es una de ellas.

Nos comprime el panorama; á nuestra derecha el río ó el brazo de mar que baña por el Este la isla de Manhattan, corre y se pierde, literalmente cuajado de embarcaciones, de todas las formas, de todos los tamaños; navíos de guerra que pasan debajo de nosotros, chatos, con sus torres de fierro por donde asoma la trompa siniestra del cañón monstruo, sus marinos y oficiales muy tiesos y muy indiferentes, cada uno en su puesto, como soldados de plomo de un metro de alto, rumbo al arsenal de Brooklyn; navíos mercantes donde todo es movimiento y ruido, y mil otros en perpetuo vaivén; todo se ve muy claro des-

de arriba, no se pierde detalle, y se abarca el conjunto, sin embargo, y esta es una diversión superior. Ahora, si se separa la vista del East-River, encerrado en un doble cantil formado de edificios monumentales de Brooklyn y Nueva York, y se dirige al otro lado del puente, á la bahía, grande como un golfo, vi-
viente como una ciudad flotante, sembrada de islas, y unida en el horizonte con el Océano y desvanecida en el espacio, entonces. . . . Aquí tienen ustedes un espectáculo que no cambiaría yo por todos los lonches del mundo; pensaba esto con toda sinceridad; ¿sería porque ya había lonchado? Puede ser; lo que quiere decir que ya no soy poeta.

*

Sería curioso que me metiese ahora en la empresa de describir el *Post-office*; la casa de Correos de México, no se le parece. —Ni la fachada de vieja casa española, remozada por nuestro estilo arquitectónico oficial, que es *banalísimo*, como diría yo si no perteneciera á la Academia, tiene puntos de comparación con esta fachada suntuosa y fría, terminada por *mansardas* ó buhardillas como las del Louvre ó de Versalles; ni el patio en que se recibe al público en México, en derredor de casilleros de poca importancia, puede dar idea de esta amplísima nave, techada de cristal, sostenida por altísimas columnas de estilo noble, rodeada por eminentes galerías de fierro, mucho mejor iluminada por la electricidad que por el sol las calles de la ciudad, y en la que mesas y escaparates forman como un plano en relieve de edificios de madera y calles y plazas por donde discurren centenares de personas. . . .

¡Y por qué habíamos de tener aquí una casa de correos, si no la hemos hecho! Si aquí ha sido necesario apropiarse los macizos edificios coloniales, todos de estilo conventual y adecuados para la vida interior de silencio y recogimiento, á la vida moderna que es toda exterior, toda actividad, toda fiebre. . . . Eso llegará y espero que llegará mejor; entretanto, no nos conformemos con lo que tenemos, no, *go a head*.

¿Y aquella cúpula de cobre que se me incrustó como un clavo en el cerebro cuando divisé á Nueva York por primera vez en esta supuesta isla de Manhattan que en realidad no es más que una lengua de roca arenosa, erizados de docks sus bordes como la defensa de un peje-sierra? Aquí está, sobre una de estas torres angulosas en que vive esta gente su frenética vida de negocios, y que no es posible llamar casas; son los templos del *business*. Arriba, pues; pagamos unos cuantos centavos, entramos en nuestra jaula. . . . Solo el tiro de una mina puede dar idea de estos pozos, por donde vuelan los ascensores. . . . Llegamos, subimos una escalerilla de hierro, y henos aquí instalados en una ventanilla de la cúpula.

Ya sabía yo que así era Nueva York; no había cesado de figurármela así, y ¡qué sorpresa! Cómo dar idea de este *apeñuscamiento* de edificios aquí abajo de nosotros, que un poco más allá se calma, se serena, se regulariza y se escapa en macizos simétricos de casas rojas, rojizas ó enrojecidas, que no dejan de ser grises sin embargo, y se va, se va por la estrecha isla y se pierde en nuestros horizontes en un salpicamiento de manchas verdosas de árboles, entre girones de nubes de humo de carbón de piedra. Desde esta altura se ve á nuestra derecha la línea de Brooklyn y el puente en un escorzo maravilloso; entre los ángulos de las casas se ven cruzar las velas, las chimeneas, los árboles desnudos de los barcos; aquí abajo se distinguen los ramales de fierro del *elevado* sobre el cual arrastran sus enormes eslabones los trenes, que pasan y pasan, tragando y vomitando gente en las estaciones. Más abajo los coches funiculares surcan ríos de viandantes y de carruajes que forman, en las bocacalles, gruesos nudos vivos, que se disuelven y reforman instantáneamente. Broadway, como una serpiente negra de multitud, corta al sesgo las otras corrientes y casas y calles y avenidas y plazas, y se pierde quién sabe dónde. Aquí no surgen los campanarios, como en nuestras ciudades; una que otra aguja gótica, que nunca se

sabe si es de una iglesia ú oficina pública, ó colegio ó compañía de seguros; las que descuellan como torres son las casas altas, las de quince ó veinte ó veinticinco pisos, como esta azulosa y aun no rematada que vemos aquí á un lado. Los penachos de humo espesos cerca y tenues y blancos á medida que se alejan y que se escapan de todas las chimeneas, dan á todo esto cierto aspecto de inmensa estación de carros fúnebres, inmóviles bajo sus plumeros ondeando en una sola dirección.

Corrimos á otra ventana. Oh! el agua, el agua, las tendidas, las interminables planicies de agua, este es el panorama supremo, este es el espectáculo que nunca sacia, que hipnotiza, pero que no cansa, que absorbe la mirada primero y el pensamiento luego, y la emoción después, y lo deja á uno sin conciencia, como el fragmento de madera que flota á merced de las olas. . . . Cada contemplación del mar es un naufragio, es un desvanecimiento infinitamente voluptuoso en el no ser; el *nirvana* de los budistas aquí está, de aquí brotó la imagen que se tornó en idea, que se volvió sistema en el cerebro de los filósofos ascetas de la India. . . .

La bahía se ve desde aquí admirablemente recostada en la luz de esta tarde clara; está gris como el cielo, parece formada de cielo líquido; las islas cargadas de edificios y espinadas de mástiles la pueblan sin disminuirla; todos los monstruos que surcaban el océano en los tiempos terciarios, han vuelto á la superficie en forma de navíos, de ferrys, qué se yo, en todas las formas; pero rígidos en sus inarticulados carapachos de fierro, con sus caudas rotatorias ó sus formidables aletas que transforman las olas en lumíneas explosiones de diamantes y topacios. . . . Allá en frente, en una isleta, se ve una figura que parece la vigilante pastora de estos monstruos marinos; la Libertad de Bartholdy. «Nos queda un segmento de tarde y de luz: vamos allá.»

En el vaporcillo que tomamos para ir á *Bedloes-Island*, en donde alza la estatua de la Libertad su antorcha que ilumina al

mundo, nos divertimos bastante: una murga más ó menos húngara, tocaba walses y polkas sin tomar resuello, más que para enviar al primer violín de la orquesta á recoger los medios dólares de los pasajeros, y una parvada de muchachas que parecía escapada de un Colegio del Sagrado Corazón protestante, bailaba incansable, sin mamá ni tía que la vigilase, y cuidada sólo por el pabellón de las estrellas, que estampa sus barras rojas en el rostro del que insulta á una mujer, y por los grandes ojos de bronce de la *Libertad* que va viniendo colosal y rígida hacia nosotros.

Mis lectores saben de memoria la estatua de la libertad, regalada por la República Francesa á la Norte-Americana; se la encuentra reproducida en símili-bronce, en aluminio ó níquel en todas las tiendas de baratijas exóticas. El original es aterrador; quiero decir que la primera impresión que en mí produjo, fué el terror; exactamente igual á la que resiente un niño frente á un toro. Esta sensación es fugaz: acercándose al pedestal, que es una torre, la impresión se desvanece casi por un detalle que la dispersa y la disuelve; aquel coloso está hecho (á la vista naturalmente) de pequeñas placas clavadas artísticamente; muy difícil es que se funda toda aquella multitud de fragmentos en una sola figura; cuando esta reaparece á nuestros ojos, ya es más serena la imagen. Es de una serenidad sublime; toda la estatua viene de Grecia; parece salida del taller de Scopas. El busto recuerda á la Juno-Ludovisi, la diadema de rayos y la clámide y el *epomis*, son apolíneos. La escultura helénica es una fuente de eterna juventud; el artista necesita no copiarla, sino dejarse sugestionar infinitamente por ella; así Bartholdy. Y era natural: la libertad, la política, la civil, es una invención helénica, mejor dicho, es un producto del intelecto de los helenos, como la ciudad, como la civilización; mejor dicho, es la civilización misma; esta libertad iluminando al mundo, es el jeroglífico gigantesco de la civilización humana.

Precedidos por nuestras intrépidas compañeras de viaje, subimos la escalera altísima del pedestal; luego vi la estrecha es-

piral de fierro que por dentro de la estatua misma asciende á la diadema y á la antorcha, y teniendo en cuenta mi volumen, vacilé y me quedé; mis compañeros, fuerte y ágil el uno y delgado como una fibra de ramié el otro, treparon en pos de las mises. Yo pude á mis anchas ver (no me cansaba de ello nunca) la espléndida bahía de Nueva York.

La ciudad enfrente derramada en tropel en larguísima isla; á mi izquierda el Hudson adonde, entre un centenar de embarcaciones, penetraba un magnífico *paquete* rojo y negro de la Traslántica francesa; en la orilla derecha del Hudson, N. Jersey, una reducción en ladrillo y fierro de la gran ciudad; del otro lado de ésta, aquí cerca de nosotros, la Isla del Gobernador cubierta de pesadas construcciones; más allá el diluvio de casas de Brooklyn; sobre el Eastriver, como trazado en gris con la punta de un pincel mojado en tinta de China, el puente de Brooklyn, entre cuya onda inmensa pasaba silbante y hermoso un tren de vapor; deliciosamente dulce el paisaje hacia aquel lado, una acuarela á dos tintas que habría sido firmada por un maestro holandés.—Del balcón opuesto se veía la boca del estrecho (*los Narrows*) que comunica la bahía interior con la exterior que se pierde en el Atlántico. Una isla cuya separación de la tierra firme no se advierte (*Staten-Island*), recorta nuestro horizonte con su costa parda sembrada de poblacioncillas de recreo. El cielo estaba pintado con una sola tinta pizarrosa que se degradaba hasta el lila tierno en el amplio arco del Sud-Este, y parecía reflejar un oculto crisol de oro en fusión, allá donde el Hudson vierte en la Bahía su lenta corriente de ametista.

Vimos concienzudamente la estatua, haciendo estaciones en los ángulos de la esplanada en que descansa el severo pedestal. A esta distancia, por el frente, tiene la Libertad un aspecto augusto, pero parece demasiado robusta y se ve corta por maciza. Del otro lado del brazo que erige la antorcha, un poco atrás, el ángulo de vista es admirable; se ve todo el desenvolvimiento de la figura, lanzada, como un unísono cantado por un pueblo ó por un océano, hacia lo alto, en un *gloria in excelsis* de bron-

ce y de vida. Es inexpresable, visto desde aquí, el movimiento que, transformando la fuerza en gracia y armonía, recorre la estatua de línea en línea, ondulando desde el pie echado hacia atrás, por los pliegues de la túnica, hasta el gálibo divino del rostro y el perfil del brazo, para rematar en el balcón y en la flama inmóvil de la antorcha. Sentimos el golpe en plena alma, nuestras miradas quedaron como cristalizadas al contacto de la mujer de bronce, y la sangre se agolpó á nuestro corazón.

Junto del pedestal hay un *bar*, en donde sirve á los turistas cerveza ó soda un enorme mocetón que por la estatura y la hermosura, parece hijo de la estatua. Caía la tarde cuando navegamos de vuelta á la ciudad; la misma música, las mismas muchachas bailadoras, las mismas baratijas, reproduccioncillas de la estatua (estaño, cobre, cristal, etc.) Pero música y baile y comercio, todo quedó repentinamente en suspenso; los pasajeros éramos todos ojos; ¿cómo evitar un choque antes de llegar á nuestro desembarcadero? Sobre las olas color de violeta formaban una verdadera malla de espuma las éstelas de treinta ó cuarenta barcos que surcaban en todas direcciones. Con una precisión admirable pasamos tocando la hélice de un navío inglés, y sintiendo á la espalda el vaho de hulla quemada de un *ferry* que con sus faroles encendidos parecía flotante pirámide de luz.

Sentados luego en una banca de fierro del *Square* que borda la Batería, pegamos nuestro oído al salmo melancólico de nuestro espíritu; ¡oh! libertad, reina aquí sobre incommovible asiento, allá ideal muy puro, sí, puro ideal. ¿Qué eres, por qué no nos conformamos con vivir sin tí, con ser dichosos sin tí? ¿Por qué, para apellidarte, apuramos los vocablos de admiración y amor de nuestro idioma? Por qué te llamamos augusta, y santa y tres veces santa y más aún, te llamamos madre? ¿Madre de qué eres tú? Madre de violencias, de tumultos, de manos armadas, de multitudes ébrias, de sociedades histéricas, de pueblos que se bambolean y se desmoronan, eso eres en la historia! ¡Oh manía incurable de nuestro corazón! Pero si no esperásemos en tí, no creeríamos en la vida moral, nos sabría á ceniza el pla-

cer más noble; se apagaría, como una llama en el fanal neumático, nuestra fe en el porvenir. ¿Te veremos los hombres de mi generación aunque sea sentada al borde de nuestra tumba? ¡Te hemos llamado, te hemos amado tanto! . . . Mi generación creyó entrever un día tu aurora política! ¿Fue una visión juvenil? No importa; moriremos gritando como el Berlichingen de Goethe: ¡Aire celeste. . . libertad, libertad!

En la impenetrable tiniebla, rodeada de una corona de diamantes eléctricos, la antorcha de la estatua constelaba la noche.